



Kuartz, el origen de la mantarraya

María del Consuelo Figueroa-García*

 0000-0003-1985-0825

* Escritora independiente

Correo-e: maco_gafy@hotmail.com



Recibido: 4 de marzo de 2025

Aprobado: 25 de junio de 2025

Enero 10; 2000

A Pao con Amor

Era una cobriza tarde de verano, de esas en las que se antoja sentarse bajo la sombra de un árbol a contemplar el maravilloso espectáculo de los fragmentos solares quebrándose sobre las rocas en mil mágicos colores que lentejueaban sobre el diáfano cielo de metal.

El sol, apuntalado sobre los montes, en el horizonte, parecía brillar más que nunca; su fulgurante halo semejaba un anillo de cascabel. El aroma del aire parecía casi perfecto, y las abejas más capaces y entrenadas sucumbían a su elixir, llegando siempre a ningún lugar. Mi abuelo disfrazado de alegría con un acento cotidiano inició el relato diciendo:

Todo estaba programado, nada podía fallar. Sin embargo, uno de los mejores del equipo de rescate parecía perdido. Una de sus alas había sido alcanzada por un relámpago durante la tormenta en la bahía, su radar no estaba en las mejores condiciones. Cada vez que usaba su sistema de ultrasonido, este emitía un chillido y desviaba la señal. Por más esfuerzos que hacía, ninguna onda sonora regresaba, por lo que no podía registrar dirección o distancia alguna.

Kuartz, el murciélago, sin sistema de navegación, se detuvo un momento sobre la suave brisa marina, tratando de ubicar la montaña más cercana o a alguno de sus compañeros. Pero era inútil, su radar se había averiado seriamente y no tenía forma de llegar al refugio.



Por la mañana, el jefe del comando les había indicado que el sistema meteorológico registró corrientes de energía sobre la costa, las cuales estaban alterando la estática del lugar. Les advirtió que tuvieran cuidado de no caer en estas corrientes, ya que eran muy peligrosas, pues generaban desajustes en los sistemas de rastreo de los murciélagos.

Kuartz recordó esto y comenzó a ponerse nervioso. Era extraño, jamás había sentido tanto miedo. Estaba solo y su radar no funcionaba. Sin saberlo, cada movimiento de sus lastimadas alas lo conducía hacia las corrientes eléctricas. Cuanto más cercano estaba a ellas, menos funcionaba su radar. Las corrientes terminaron por arrojarlo mar adentro. Se decía entre los murciélagos de mayor rango que nadie que haya cruzado la costa, internándose mar adentro, ha vuelto.

Kuartz no sabía exactamente dónde se encontraba. Cada intento por ubicarse solo le dejaba una sensación creciente de desilusión. Comenzaba a anochecer, y, con la oscuridad, vendría la guardia, supervisando los alrededores del nidal. En poco tiempo, tal vez, sus compañeros empezarían a emerger para alimentarse.

Aún había esperanza: si no estaba demasiado lejos, alguno de ellos podría detectarlo con su radar y guiarlo de regreso; entonces podría descansar, comer y recuperarse. No se daba cuenta aún de que ya se encontraba lejos de su base, de que sus compañeros jamás lo encontrarían y de que su destino cambiaría bruscamente.

Las corrientes eléctricas provocaban que las nubes se juntaran demasiado y comenzaran a chocar entre ellas, esto originó rayos que se precipitaban sobre la superficie marina. Era tal el estruendo causado por sus constantes choques que los peces de la superficie se hundían, nadando más abajo que de costumbre.

Kuartz seguía a la deriva. Cada vez que se formaba un rayo aumentaba la estática y el daño a su radar se hacía mayor. Llevaba demasiado tiempo volando, sus músculos y sus reservas de energía comenzaban a agotarse. De seguir así, no soportaría demasiado tiempo.

Uno de los rayos colisionó contra él, provocando que quedara suspendido en medio del vacío, sin un arriba o abajo. En una fracción de segundo, la corriente eléctrica cargó a Quartz con más de cien mil voltios, más de la energía necesaria para acabar con una manada de elefantes, pero extrañamente a él no lo mató. El murciélago sintió cómo a su pequeño cuerpo lo invadía una extraña sensación de cansancio y calor. Su pequeña anatomía, electrizada, comenzó a caer al vacío sin que nada ni nadie pudiera detenerlo; una caída libre tan veloz y potente que sacudió con fuerza las aguas, en las que penetró como una flecha.

A cada metro de avance bajo el agua, el cuerpo del murciélago se iluminaba como una luciérnaga gigante. A su alrededor se podían observar peces multicolores, medusas y más. Quartz sintió cómo su cuerpo mutaba a una nueva forma de vida. No sabía a ciencia cierta si era la transmutación de la vida a la muerte, pero así lo sentía.

El cuerpo luminoso que ahora habitaba no pertenecía al de un murciélago, pues ninguna especie conocida de su tipo posee luminiscencia. Aquello en lo que se había convertido escapaba a toda lógica natural. Tampoco era el de una

criatura marina, pues, aunque las hay con sistema de radar, ninguna tiene alas ni vuela. ¿Qué era esa extraña criatura en la que se había convertido?

La zambullida no cesaba, seguía hundiéndose en las profundidades marinas mientras su cuerpo adquiría nuevos matices evolutivos o demoniacos. Como una esponja que absorbe agua, su cuerpo se hinchaba gradualmente, aumentando su tamaño. De un pequeño murciélago de apenas unos centímetros se transformó en un gigantesco animal. Sentía sus alas desplegarse con facilidad en aquel ambiente. Comenzó a aletear con tanta fuerza que a su alrededor se formaron corrientes de agua, arrastrando peces y otros organismos marinos hacia él.

Tenía hambre, pero no podía comer aquellas criaturas; él era un murciélago frugívoro y la carne no estaba en la lista del supermercado. Comió plancton y algas que pasaban muy cerca de su boca. A cada bocanada entraba en su cuerpo no solo alimento, sino mucha, muchísima agua, que lo hacía sentir que en cualquier momento se iba a ahogar.

Al darse cuenta de que respiraba bajo el agua, el asombro lo invadió. No había dificultad alguna, ni ahogo, ni la desesperación de los pulmones colapsando. ¿Qué era aquello? ¿Acaso se había convertido en una criatura marina? ¿O simplemente soñaba y al despertar volvería a su forma original, como cualquier murciélago de su especie?

La incertidumbre lo envolvía por completo. Sentía que su cuerpo se transformaba más rápido de lo que su mente podía asimilar, dejándolo atrás, luchando por comprender una realidad que había dejado de responder a ninguna lógica conocida.

A pesar de haber tragado una gran cantidad de plancton y algas, el hambre no cesaba. Miró a su alrededor y quedó aún más sorprendido, había recibido el don de la visión, y aunque esta nueva capacidad no le garantizaba la comprensión de lo que veía ni de todo lo extraño que le estaba sucediendo, esto representaba lo primero que aceptaba sin protestar, con una mezcla de fascinación y terror.

Su mente se debatía entre la maravilla y la confusión. Ver, algo tan natural para otros, implicaba un regalo y una condena. Parecía que le hubieran entregado un libro escrito en un idioma desconocido: cada imagen, color y movimiento carecía de significado, pero significaba mucho. La visión, lejos de tratarse de una herramienta pasiva, exigía un proceso activo de interpretación, aprendizaje y adaptación. No bastaba con mirar, resultaba necesario entender.

Lo que solía percibir a través del eco y las vibraciones ahora se presentaba como una explosión caótica de formas y luces incomprensibles y, al mismo tiempo, seductoras. Bajo el agua, entre plancton y sombras, descubría paisajes que no podía relacionar con nada conocido, como si hubiera cruzado un umbral hacia un mundo alienígena. La visión se tornaba, entonces, más que un regalo, un enigma y una carga que lo obligaba a cuestionar no solo lo que veía, sino también quién era y cómo encajaba en ese nuevo escenario.

El hambre volvió a apoderarse de sus emociones. Sin darse cuenta de lo que hacía, de una tarascada devoró a un pequeño pez. Esto lo hizo sentirse mal, ya



que jamás se hubiera concebido a sí mismo como despiadado y voraz. La sangre del pequeño animal activó una necesidad de consumir carne, y así lo hizo. Devoró cada pez que pasaba cerca suyo sin pensar, como si cada bocado le robara un pedazo de su humanidad. La sangre de los pequeños peces hacía que el murciélago marino aumentara de tamaño.

Ahora Kuartz se había convertido en una extraña criatura marina que volaba en las profundidades, creando fuertes corrientes que cambiaban el curso de las aguas. Su aspecto se había vuelto luminiscente y eléctrico. Con un pequeño cambio de humor, liberaba descargas eléctricas y acababa con la vida a su alrededor.

Sumido en esta pesadilla, Kuartz buscaba respuestas. Comenzó nadando sin rumbo, dando vueltas y vueltas. Su enloquecido cerebro provocaba grandes descargas. Intentó utilizar su radar, pero fue inútil. Ver le parecía maravilloso, pero también su sistema de rastreo, el cual le había indicado tantas veces cuál era la ruta segura. Podía ver formas y colores, pero no encontrar el camino a casa. ¡De qué sirve ver cuando eres ciego de conocimiento!

Un mar de confusión como un torbellino silencioso e implacable se anidaba en cada fibra de su ser. Único en su especie, sin brújula, no podía encontrar el camino de regreso al refugio que alguna vez llamó hogar. Aquel mundo, lleno de destellos y silencios, le resultaba tan bello como inasible, un laberinto de luces que envolvía y oprimía al mismo tiempo. En la oscura sombra que lo guiaba hacia la densa soledad buscaba señales que, ocultas entre la madeja de agua del nuevo entorno, le dieran respuestas, pero el significado de todo aquello se le escapaba, diluyéndose en las corrientes que lo rodeaban.

Mientras tanto, sobre la superficie marina, un escuadrón de los mejores rastreadores iniciaba la búsqueda de Kuartz. Aunque, claro, lo hacían por aire. ¡Quién iba a imaginar que un pequeño murciélago pudiera estar bajo el agua! Volar sin sentido en un área limitada se creía lo más seguro, lo que hacían todos los de la especie cuando sufrían algún contratiempo, esto facilita la labor de los rescatadores.

En lo profundo de las aguas, el gran murciélago seguía con su transformación y sus preguntas sin respuesta. El aumento de tamaño había mermado, pero las mutaciones en su cuerpo no. El cambio más alarmante fue el de los huesos de los brazos por cartílago, que le permitió desplazar sus alas con mayor facilidad y velocidad en el agua. También se modificó la temperatura de su cuerpo: disminuyó y soportaba fácilmente el frío del agua. La luminiscencia permanente en un principio había incrementado su intensidad y se encendía a voluntad. La electricidad que su cuerpo generaba la controlaba un pequeño sistema ubicado sobre el ápice de su corazón, manteniéndolo vivo, vibrante. Se agudizó su visión y las formas bajo el agua le fueron tan claras como si estuvieran sobre la superficie marina.

Pareciese que cada centella de energía que liberaba diera un propósito renovado a cada músculo, cada movimiento, cada respiración. Ya habían pasado más de veinticuatro horas y el tan esperado rescate no se realizaba. Perdió toda

esperanza de volver con su especie y se dejó llevar por las corrientes del mar. Su tamaño casi igualaba al de una ballena azul, así como su apetito.

Comenzó a explorar su entorno como buen murciélago de rescate, lo primero por hacer era reconocer el lugar. Se dio cuenta de que bajo el mar también existía un sistema de relieve como en la tierra, lo que le causó una gran emoción. Comenzó a buscar un espacio en aquellas montañas donde poder hacer un buen nidal para descansar.

Los días pasaban y no había señal de sus compañeros. Dedicaba los días completos a explorar el fondo marino. Aprendió la mejor forma de conseguir alimento. Dejó de consumir plancton y empezó a ser un ávido consumidor de plantas. Comenzó a adaptarse a su nueva forma, a su nueva vida, y aunque no dejaba de extrañar a su familia, aprendió a vivir solo.

Sin embargo, todos los días volvía al lugar por el cual había penetrado en el mar a esperar que alguno de sus colegas dirigiera su radar a la superficie marina y lanzara la señal ultrasónica, esta chocaría contra su cuerpo e indicaría a sus compañeros la posición en la que se encontraba. Pero esto nunca sucedió. El tiempo seguía pasando y nada cambiaba. Su soledad lo enloquecía. Después de tanto ir al mismo lugar, terminó por olvidar cuál era el objetivo de volver ahí, pero no dejó de hacerlo.

Una noche de tormenta, igual a la del día en el cual él sufrió el cambio de ambiente y forma, navegaba bajo las aguas de aquel lugar, cuando algo perturbó su paz. Se detuvo y vio que una pequeña y extraña criatura luminiscente chocaba sobre la superficie, rompiéndola y entrando en ella con tanta fuerza que todo cuanto había a su paso fue jalado con la corriente que se formó con su entrada.

Absorto por aquel extraño acontecimiento, permaneció paralizado, viendo cómo la pequeña criatura crecía con gran velocidad y adquiría características parecidas a las de él. Entonces recordó cómo era que había llegado ahí y su metamorfosis. No sabía si agradecer o temer. Hacía tanto tiempo que no compartía nada con alguien parecido a él que le resultaba confuso y extraño.

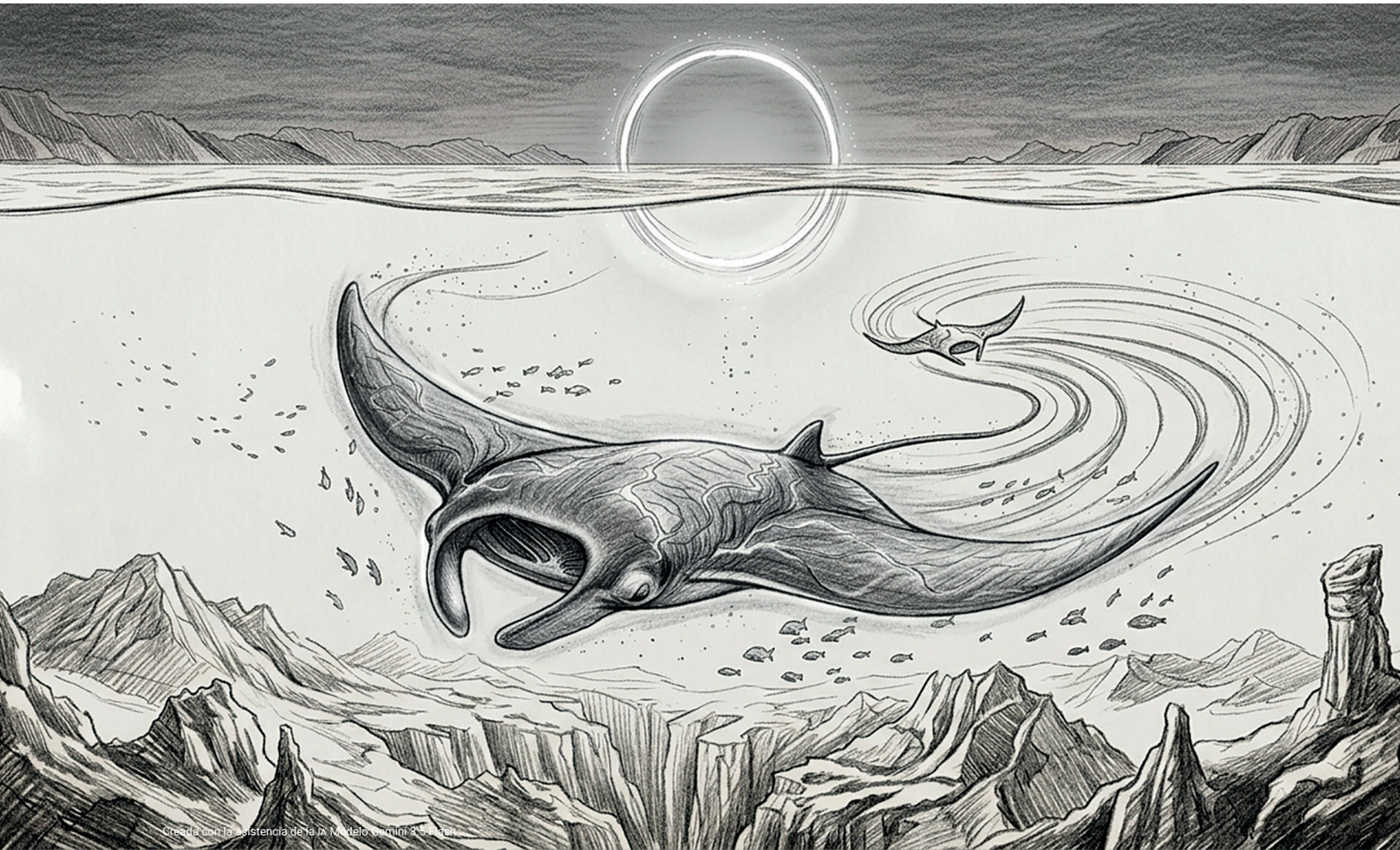
Cuando la criatura terminó su cambio, observó a Kuartz y preguntó: “¿Qué me ha sucedido?”. Kuartz le contó todo lo que había visto, cómo había llegado hasta ese lugar y cuánto había aprendido en el trayecto. Le dijo que no se preocupara, que el mejor ambiente para vivir es aquel en el que uno logra adaptarse, tomando solo lo necesario, sin excesos y sin causar daño a los demás.

Estaba realmente emocionado y enseñó a su compañero de especie todo cuanto sabía. Ya no estaba solo, había alguien con quien compartir y descubrir nuevas cosas. Ambos volvían todos los días al extraño lugar donde se creaban los murciélagos de mar con la esperanza de que la naturaleza transformara a uno más con quien compartir.

Tal vez no era el principio de nada. O tal vez sí. A veces, las criaturas más extrañas no son producto de la evolución, sino de la necesidad. Y en el fondo del océano, cuando todo se calla, uno puede imaginarlo todavía ahí, surcando los silencios.



Algunos dicen que así nacieron las mantarrayas. Otros prefieren no decir nada. Yo, en cambio, sigo buscando, no una prueba, sino que deseo verlo deslizándose entre la sombra y la luz, como si nunca hubiera dejado de volar.



Creación con la existencia de la IA Modelo Gemini 3.0 y ChatGPT

MARÍA DEL CONSUELO FIGUEROA-GARCÍA. Licenciada, Maestra y Doctora en Medicina Veterinaria y Zootecnia por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México. Realizó estudios de posdoctorado en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH), México. Actualmente, cursa la Licenciatura en Derecho en la Facultad de Derecho de la UNAM y la Licenciatura en Creación Literaria en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), México. Su trayectoria integra la investigación científica, la docencia y la creación literaria. Es autora de diversas publicaciones científicas y desarrolla proyectos de narrativa con especial interés en la literatura escrita por mujeres. Sus últimas publicaciones fueron “‘Suicidio’ en memoria de Digna Ochoa y Plácido” en la *Revista Literaria Monolito* (2022), “El verdugo de los sueños” en la *Revista Primera Página* (2023) y “Treinta y tres milisegundos de eternidad” en *La Colmena* (Núm. 127).

Cómo citar este artículo:

Figueroa García, M. C. (2026). Kuartz. El origen de la mantarraya. *La Colmena*, (131), 127-132.